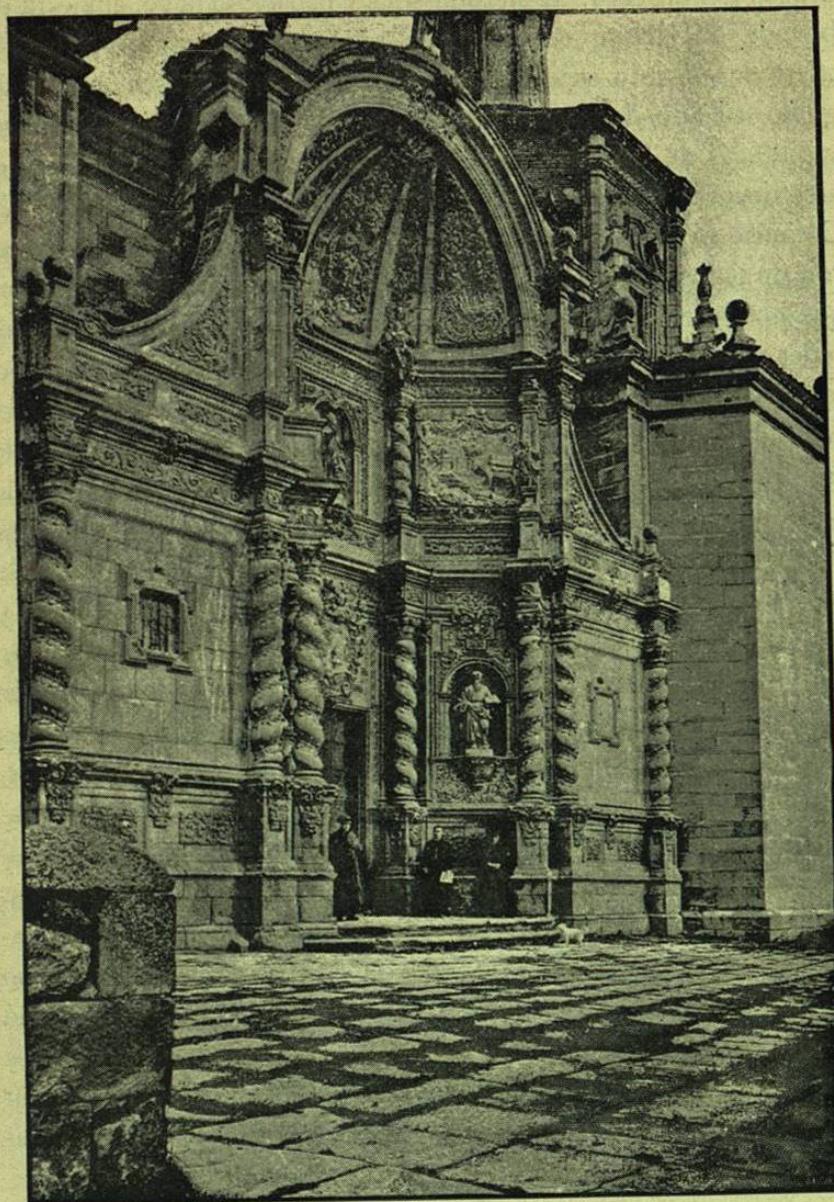


partida verticalmente en tres secciones, presenta en el fondo el gran plano donde está abierta la entrada al templo. El entablamento que soportan las columnas salomónicas del cuerpo bajo, corre por los tres planos que forman como el vestíbulo de la puerta de entrada, y los divide en dos zonas, alta y baja; la zona baja presenta la puerta al fondo, sobre la cual campea un gran medallón con su bajo-relieve, y á los costados hornacinas, que ocupan sobre historiadas repisas las estatuas de San Pedro y San Pablo; la zona alta ofrece, al fondo otra espaciosa hornacina con la estatua de San Gregorio Ostiense, y á los lados grandes medallones rectangulares, con bajo-relieves que representan pasajes de la sagrada leyenda relativa á la milagrosa invención del cuerpo del santo. También están realzadas con relieves las tres secciones verticales de la semi-cúpula ó cuarto de esfera que corona ambas zonas, y estas además se hallan recuadradas en sus varios compartimentos ya por las columnas, ya por las pilastras que sostienen los dos entablamentos alto y bajo, ostentando estos ora en los frisos, ora en las cornisas, ora en los antepechos y pedestalillos que apean, follajes, mascarones, estatuas airosamente movidas, que contribuyen á dar animación y expresión un tanto enfática á este poema religioso de piedra y mármol. Dos garbosas cartelas llenan los ángulos de derecha é izquierda entre el grande arco y el cuerpo bajo de cada lado, y las esferas con que rematan los cuerpos decorativos que en este estilo arquitectónico sustituyen á las antiguas agujas y pináculos, completan el ornato de esta fachada de una manera agradable. Las columnas, todas salomónicas, todas de una sola pieza, y todas como vestidas de gala con ramos que las contornan formando espirales, son ocho en el cuerpo inferior y dos en el superior, y las pilastras que reemplazan á los estribos y contrafuertes de las construcciones ojivales, llevan en sus paramentos, planos rehundidos que contribuyen al efecto pintoresco de esta arquitectura.

El interior forma en su planta una cruz, en cuyos tres ex-



MUÉS.—SAN GREGORIO OSTIENSE

tremos superiores están los tres altares del presbiterio y de los brazos del crucero. Tiene una sola y espaciosa nave, cubierta de bóveda de cañón, sostenida en pilastras pareadas; pero ¡qué triste desencanto espera al que por la portada de este templo, de gusto italiano del XVII, se promete hallar dentro de él estatuas y pinturas de los célebres *machinisti* de la misma edad! Todo el arte decorativo que ves dentro del santuario de San Gregorio Ostiense es fruto de la escasa savia de la tierra. Ya que trajeron de fuera quien labrase las bellas estatuas del exterior, ¿por qué no haber traído también, para pintar sus bóvedas y sus paredes, fresquistas como los Lanfrancos, los Marattas y los Córtonas? El piadoso Don Luis Bermejo y Roncal, autor de la *Novena* dedicada al Santo (1), elogia toda la parte de talla y de escultura de esta basílica, y halla muy expresivas las efigies de bulto de sus altares, y sobre todo la del titular que ocupa el altar mayor sobre la urna que contiene su venerable cuerpo. En la cúpula ó media-naranja (dice), toda ella adornada con relieves y pinturas, hay en su redondez una porción de santos Obispos de bulto, aunque apenas se pueden mirar por lo elevados. —No le satisface tanto la obra de pintura, especialmente la que en los lienzos de la nave, entre unas y otras parejas de pilastras, reproducen pasajes históricos de la venida del santo á España, porque califica su colorido de *excesivo y poco natural, que le hace disonar un poco del conjunto interior*. Y no sólo tiene razón, sino que ha estado harto benévolo con aquellos tremendos marmarrachos. —Detrás del altar mayor está el camarín, donde se venera la santa cabeza del Ostiense, al cual se entra por una de las puertas disimuladas que hay junto á las credencias. «Los costados de la capilla mayor (añade el citado Bermejo) tienen figuras *pintadas á lo vivo*, y lo mismo fuera de ella entre capi-

(1) *Novena á San Gregorio Ostiense, especial abogado contra la langosta y otros animales dañinos de los campos: precedida de una breve noticia histórica, etc.: por su devoto Luis Bermejo y Roncal.*—Logroño: imprenta y librería de Venancio de Pablo, 1880.

lla y capilla, simulando en un lado un sacerdote que sale á celebrar misa, y en el otro, uno revestido de sobrepelliz. Y verdaderamente todas estas figuras que se dicen *pintadas á lo vivo* en las paredes, desdicen de la gravedad y majestad del Santuario, en el cual no deben nunca ponerse tales *juguetes*; y menos aún siendo obras tan poco apreciables como concepto y como ejecución artística las tales pinturas, hechas al temple sin entonación, sin dibujo y sin gracia.

Veamos ahora cuál fué el motivo de erigirse á San Gregorio Ostiense este santuario. — Cuenta la piadosa leyenda que hacia la mitad del siglo XI permitió Dios que cayera sobre algunas comarcas españolas una terrible calamidad. Sobrevino una nube de langosta tan densa y dilatada, que parecía cubrir la tierra oscureciendo la luz del sol: y este azote se hacía principalmente sentir en la cuenca superior del Ebro, ó sea en Navarra y la Rioja, causando en los campos tal estrago, que asolaba y destruía por completo los frutos y las semillas, y yermaba las poblaciones. Los habitantes de ambas comarcas practicaban en vano toda clase de remedios naturales: los de mayor espíritu religioso acudían á las rogativas, á las públicas procesiones y á los exorcismos; pero todos al fin se convencieron de la necesidad de emplear más eficaces medios: todos llegaron á persuadirse humildemente de que sus pecados eran la causa de que no llegaran hasta ellos las misericordias del Altísimo; y entonces determinaron enviar á Roma legados que implorasen la clemencia del Vicario de Jesucristo. El Santo Padre, que era á la sazón Benedicto IX, compadecido de las desgracias que sufría su amada España, decretó ayunos y fervorosas oraciones para que el cielo le inspirase el remedio, y al tercer día de plegarias, se le apareció en forma visible un ángel, manifestándole ser la voluntad del Señor que el obispo y cardenal de Ostia, Gregorio, viniese á España á conjurar la terrible plaga y salvar las almas. Pero el santo cardenal, en quien la humildad corría parejas con la virtud, se creía indigno de una misión semejante, y hubo que ven-

cer su repugnancia con la imposición del mandato: recibió Gregorio la bendición del supremo Pastor de la Iglesia, repartió entre los pobres cuanto tenía, entregóse á la Providencia como verdadero discípulo del Crucificado, y el día elegido para la partida, salió acompañado del Papa y de los cardenales, los cuales le abrazaron despidiéndole en las mismas puertas de la ciudad eterna, y dejó á Roma para no volver á verla jamás.

Es interesante la parte de la vida de San Gregorio que se refiere á su misión en España, porque lleva el sello de las grandes tradiciones de la Europa cristiana de la Edad media, reconocida á aquellas almas sublimes que con abnegación la civilizaron. El santo cardenal ostiense se consagró al bien de sus semejantes, y con tan heróica caridad, que sucumbió en su ejercicio. Los frutos de sus predicaciones en Calahorra y Logroño fueron tales, que en ambas poblaciones cambiaron totalmente las costumbres, y á esta transformación feliz acompañó la extinción de la terrible plaga que assolaba sus campos. Limpios los de la Rioja de la langosta y de toda nociva alimaña, fructificaron copiosamente, y renacieron la alegría y el bienestar entre sus moradores. — Á estos beneficios agregó otros el santo: Domingo de la Calzada y Juan de Ortega se unieron á él para ejecutar en las comarcas más intratables y montuosas de las estribaciones ibéricas de una y otra vertiente, aquellas dificultosas obras de roturación de tierras, apertura de caminos y construcción de puentes en que tantos prodigios de fe y de constancia realizó el instituto benedictino; y cuando presintió que se le acercaba el tiempo de descansar de tan nobles fatigas, se restituyó á Logroño, donde rodeado de sus discípulos, á quienes con dulces y amorosas palabras recomendaba la perseverancia en el servicio de Dios y en las obras de caridad, entregó su alma al Criador el día 9 de Mayo del año 1044, cinco después de su venida á España. Al espirar, advirtió á los suyos que no cuidaran del lugar de su enterramiento, sino que, puesto su cadáver en una cabalgadura, dejasen á esta marchar á su albedrío sin dirección

alguna, y que donde por tercera vez cayese y muriera, allí le diesen sepultura. En virtud de este mandato, los discípulos de San Gregorio colocaron el venerable cuerpo en un ataúd ó caja sobre un mulo, y dando á éste un latigazo le dejaron andar. Dirigióse la bestia á la orilla opuesta del Ebro, hacia un paraje llamado Las Cuevas: llegó á Losarcos, y de allí se vino á Mués, donde cayó en tierra. Levantáronle, y le hicieron andar de nuevo: emprendió la subida de una cuesta que se elevaba á oriente, y á la mitad de la subida volvió á hocicar y caer; por segunda vez le levantaron y le arrearon, y entonces llegó el mulo á la cumbre de la montaña, y allí cayendo exánime acabó su carrera. Cumplióse entonces lo que el santo dejó ordenado: había allí cerca una pequeña ermita, llamada de San Salvador de Piñalba, donde vivía un ermitaño de mucha virtud, y éste, ayudado de los discípulos de San Gregorio, colocó el cadáver, entre otras venerables reliquias, en una fosa que abrió para este objeto; y dicese que desde entonces empezó Dios á obrar por intercesión del santo milagrosas curaciones en toda la comarca. — Pasaron años: los discípulos de San Gregorio murieron sin dejar tradición del lugar en que fué sepultado; pasaron siglos; perdióse por completo la memoria del suceso que hemos referido; y por fin en días (que los devotos de buena fe no trataron nunca de determinar con fijeza) en que un D. Pedro, obispo de Pamplona, y un D. Sancho, de Bayona de Francia, se juntaron para ir á Galicia á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, como se les ocurriese al regreso visitar también el de Santo Domingo de la Calzada, en la Rioja, leyendo noticias de este santo y averiguando que había sido discípulo de San Gregorio y que el venerable maestro había muerto en Logroño, por este dato fueron rastreando lo que de tradición oral se había conservado entre los locronenses acerca de la dirección que al morir aquél tomaron los depositarios de su venerable cadáver. Lleváronles así las vagas noticias recogidas, de uno en otro pueblo de los que habían recorrido aquellos, siguiendo al mulo conductor providencial de

los preciosos despojos, y llegaron á la ermita de San Salvador de Piñalba. Hicieron aquí juntar la clerecía y los vecinos, manifestándoles su pensamiento y el propósito que habían formado de descubrir los restos mortales del bienaventurado Gregorio; y habiéndose preparado todos con ayunos y oraciones para impetrar de Dios la revelación deseada, ocurrió que al tercer día de hallarse allí congregados, vieron los dos prelados, al rayar el alba, un rayo de resplandeciente luz que bajaba del cielo como señalando el punto donde estaba el bendito cuerpo. Allí cavaron, y desde los primeros azadonazos percibieron suave fragancia: siguieron ahondando, y cerca del cimiento de la ermita, á la parte del Evangelio, fué hallado entre multitud de huesos y reliquias de mártires, el cuerpo del glorioso San Gregorio, entero en su esqueleto, sin que se le hubiera desencajado hueso alguno. Los prelados D. Pedro y D. Sancho y el inmenso gentío que les rodeaba dieron fervientes gracias al Altísimo por haberles hecho testigos de tan feliz hallazgo; y los preciados despojos fueron extraídos de la caja en que los discípulos del santo los habían colocado, y puestos en otra arca nueva.

Admira que la piedad de los habitantes de la Berrueza haya consentido en tan interesante historia tantas lagunas: no se sabe cuándo acaeció esta milagrosa invención; ignórase también dónde fué depositada el arca nueva á la cual trasladaron los casi indeterminados obispos D. Sancho y D. Pedro los restos mortales del santo cardenal ostiense; y asimismo se ignora si antes del actual santuario, obra manifiesta de principios del siglo XVII, hubo alguna ermita ó iglesia que diera testimonio de la devoción de los navarros y riojanos á un santo que tantos beneficios había hecho y seguía haciendo á sus heredades.

Porque has de saber—y aquí entra el hecho maravilloso que aun en nuestro siglo descreído mantiene viva la fe de estos naturales—que en muy repetidas ocasiones, no sólo en Navarra y la Rioja, sino en las provincias de Aragón y Castilla, se han experimentado prodigiosos efectos de la devoción de los pueblos

á este Santo bienhechor, cuando le han invocado al verse afligidos en sus campos y en sus viviendas ya por la plaga de la langosta, del pulgón y de la oruga, y de otros animales nocivos á los sembrados y á los árboles, ya por las sequías ó las inundaciones, ya por cualquier otro género de calamidades. En tan críticas circunstancias, acuden á la mediación del santo protector con exorcismos y oraciones que la Iglesia ha autorizado, y hacen bendecir sus campos y sus casas con las aspersiones del agua que ha estado en contacto con los venerables huesos á que este santuario tributa decoroso y continuo culto. Hay al efecto erigida en él una cofradía de veinticuatro individuos, de los que catorce son seglares, y diez sacerdotes, y todos han de ser naturales del valle de la Berrueza y residentes en él, al tenor de la bula que expidió la Santidad de Sixto Quinto en el año 1597. Uno de los cofrades sacerdotes hace de cabeza de esta hermandad, y se titula abad-administrador de las rentas de San Gregorio; otro de los mismos sacerdotes se denomina capellán, y reside en la casa del glorioso Santo, en la cual había también dos ermitaños encargados de percibir las limosnas de trigo, vino y aceite con que contribuía todo el antiguo reino de Navarra.—Habitaba allí además un muchacho que hacía oficios de sacristán, y dos mujeres para la asistencia del capellán y de los devotos que acudían constantemente á visitar el célebre santuario.

Para estos visitantes ó romeros, y para los servidores del santuario, se construyó separado del templo, y paralelo á él, un edificio que constituye un largo claustro con habitaciones á ambos lados. Hay en él una sala destinada á las reuniones que celebra la cofradía para tratar de los asuntos concernientes á su instituto.

Las santas reliquias del Ostiense se hallan distribuídas en dos receptáculos: la parte mayor se conserva en una lujosa arca de plata, obra del tiempo de Felipe III, formada de dos cuerpos, uno inferior rectangular, partido en dos mitades, presentando en cada frente dos recuadros en que lucen medallones de es-

malte que figuran escenas de la Sagrada Pasión de Cristo; y otro superior, bajo y convexo, con un remate plano, adornado en sus caras con otros medallones de esmalte, que hacen juego con los del cuerpo inferior, y cartelas en las extremidades. El referido cuerpo inferior, además, está recuadrado con fajas delicadamente cinceladas y realzadas de rica pedrería; y de los ángulos de esta arca, montada sobre garras de león, emergen, á modo de pináculos, pequeñas pirámides que rematan en bolas: adorno muy característico de toda composición arquitectónica del tiempo de los Austrias. Esta arca, costeada por la cofradía, recibió los huesos del bienaventurado San Gregorio el día 9 de Mayo de 1610, época en que conjeturamos terminarían las obras del templo, y esta translación fué solemnizada con arcos triunfales erigidos dentro y fuera del sagrado recinto, vistosas colgaduras, misa cantada y procesión solemne, haciendo venir la cofradía las músicas de la catedral de Calahorra, de Logroño, de Viana y de Losarcos, y concurriendo al acto gran gentío y procesiones de los pueblos inmediatos: siendo tal la muchedumbre de los asistentes, que hubo que retrasar la función principal y que aplazar el sermón al día siguiente, más desahogado de ceremonias. —Abríase la santa arca con frecuencia antes del año 1747; pero desde este año, no se volvió á abrir sino cuando hacía su visita el obispo de Pamplona, ó cuando el rey pedía alguna reliquia: y esta medida se tomó con ocasión de una de aquellas visitas. En dicho año se pusieron al arca tres llaves, que se entregaron una al abad de Sorlada, el cual es también abad de la basílica; otra al abad-administrador de las rentas del Santo; y la tercera al cofrade más antiguo.

—Sobre el plano superior de este suntuoso relicario, suele hallarse colocado el otro receptáculo de huesos del Santo, que es una cabeza de plata de tamaño natural, hueca, no del todo escasa de mérito artístico. En el vértice del cráneo tiene un agujero, y otro debajo del cuello: en el interior se contienen huesos de la cabeza de San Gregorio. Puesto este relicario sobre una

tabla, igualmente horadada, que se ajusta á la boca de una ánfora ó tinaja, la cual se sitúa en el presbiterio del templo en determinadas solemnidades, el capellán, revestido de alba ó sobrepelliz, introduce en presencia del pueblo agua de la cisterna del santuario por el agujero que tiene esta cabeza en la parte superior, la cual sale por el inferior después de pasar por las santas reliquias que hay dentro, y cae en la tinaja dispuesta para recogerla. Esta agua se reparte á los pueblos que acuden por ella, con orden admirable y de la siguiente manera.—Fuera de la iglesia, en un ángulo de su espacioso y regio atrio, hay una especie de garita de piedra con un banco de lo mismo y dos puertas, una á derecha y otra á izquierda. El capellán del santuario se sienta en el banco, teniendo al lado la gran vasija que contiene el agua pasada por las reliquias: los forasteros que acuden con sus cacharros para llevársela á sus respectivos pueblos, esperan fuera, y van entrando uno á uno por la angosta puerta que tiene el capellán á su izquierda; reciben de éste el agua, y salen por la puerta opuesta. De este modo no hay nunca desórdenes, á pesar de la muchedumbre que acude en busca de la prodigiosa agua.—Emplean ésta para bendecir con ella los campos, de la misma manera que el agua bendita, y según el rito que tiene establecido la Iglesia; y los exorcismos y oraciones que en semejantes actos se usan, tienen su fórmula especial (1).

(1) Hela aquí. EXORCISMUS S. GREGORII OSTIENSIS. Exorcizo vos pestíferos vermes, vel mures, seu aves, aut N. per Deum Patrem ☩ Omnipotentem, per Jesum Christum ☩ Filium ejus, et Spiritum ☩ ab utroque procedentem, ut confestim recedatis ab his campis, seu vineis, vel aquis, aut domibus, nec amplius in eis habitetis, sed ad ea loca transeat, in quibus nemini nocere possitis; pro parte Omnipotentis Dei, et totius Curiae caelestis, et Ecclesiae Sanctae Dei vos maledicens, quocumque ieritis, sitis maledicti, deficientes de die in diem in vos ipsos, et decrescentes quatenus reliquiae de vobis nullo in loco invenientur, nisi necessariae ad salutem, et usum humanum quod praestare digneris qui venturus es judicare vivos et mortuos. Amen.

Oremus. Deus, qui Beato Gregorio Confessori tuo, atque Pontifici, contra locustarum pestem, specialem gratiam contulisti; concede propitius ut qui tua beneficia devote poscimus, ejus meritis et precibus, a corruptione et consumptione ipsarum, et quarumcumque aliarum pestium, in fructibus nostris et pecoribus

Las vistas que se disfrutan desde el atrio ó pretil que rodea la basílica, forman el más espléndido panorama. Desde allí se divisan multitud de sierras y montañas: Montejurra, Monjardín, la sierra del valle de Allín detrás de la cual asoman las Amescoas; la del valle de Lana; la de Nazar y Asarta; la de Santa Cruz de Campezo; y diseminados por las extensas llanuras, matizadas de verde y pardo, los pueblos de Abaigar, Oco, Murieta, Piedramillera, Otiñano, Mirafuentes, Ubago, Cábrega y otros muchos, algunos de los cuales, como Murieta y Abaigar al nordeste, y Otiñano al noroeste, se hallan á distancia muy respetable.

SORLADA cae al pié de la montaña de San Gregorio, á la parte septentrional, y mirada desde arriba parece sumergida en un barranco. La iglesia de este lugar, consagrada á *Santa Cecilia* conserva su nave y bóveda de estructura gótica del xv hasta el crucero: éste y el presbiterio son de estilo greco-romano, acusando desde luego á la simple vista una restauración verificada en el siglo xvii.—La decoración de este templo fué después de aquella centuria confiada á un temerario embadurnador, que se propuso imitar la distribución arquitectónica de pilastras y grandes lienzos pintarrajeados que observó en la basílica de San Gregorio; y se despachó á su gusto. La ennoblecen sin embargo al exterior una torre cuadrada de forma sencilla y correcta, y un pórtico bastante espacioso.

Este pueblo pasó por diferentes señores: en el siglo xiii llevaba el nombre de *Suruslada* y pertenecía á un rico hombre navarro llamado Fortún Almoravid ó Almorabit, y á su mujer

noxiarum atque a peste et epidemia, et omni alia infirmitate in corporibus nostris, misericorditer liberemur. Per Dominum, etc.

Ultimo dicat elevata Cruce contra noxia animalia. Benedictio Dei Omnipotentis Patris ☩, et Filii ☩, et Spiritus ☩ Sancti descendat, et maneat super hos agros, seu domos, aut vineas, et ejus fructus. Amen.

Mos aspergat aqua benedicta S. per domos, seu agros, et vineas dicendo: Christus ☩ vincit, Christus ☩ regnat, Christus ☩ imperat vobis animalibus ut profugiatis de domo ista, vel de termino isto. Amen.

D.^a Teresa Artal de Alagón. Estos lo vendieron con el señorío de Burguillo, con todas sus heredades, palacios, villas, collazos y collazas y demás pertenencias, á D. Pere de Tors ó Torres, por la cantidad de 12,000 sueldos sanchetes. Por último, deseando los pueblos de Sorlada y Burguillo no pertenecer más á particulares, y ser labradores aforados del rey, se compraron á sí mismos por la cantidad de 1000 libras sanchetes, que entregaron al que á la sazón era su señor; y suplicaron al gobernador de Navarra, Pere Ramón de Rabastens, que los admitiese en dicha clase de labradores realengos, como efectivamente los admitió, concediéndoles que fuesen *del rey y no de otro hombre alguno en el mundo*; que tuviesen su alcalde en el mercado de Estella, y que los casales y molinos, y las sernas que habían sido de D. Fortún Almorabit de Suruslada, fuesen en lo sucesivo propios del concejo de la villa para hacer de ellos lo que fuera su voluntad. De esta manera pasaban en la Edad-media los pueblos de unos á otros señores, ni más ni menos que si fuesen rebaños ó manadas de esclavos.

El bondadoso capellán de San Gregorio, que ha bajado conmigo á Sorlada, me acompaña hasta el camino donde la noche anterior comenzó mi *via crucis* siguiendo los inciertos pasos del maestro de Mués.—Llega mi Automedonte, desembocando por la portilla del Congosto, con paso tan mesurado y en apostura tan digna, como si viniera rigiendo el carro de Aquiles: D. Esteban y yo nos estrechamos las manos de despedida; observo si mi breve equipaje está en su sitio; me registro los bolsillos para cerciorarme de la presencia en ellos de mis libros de apuntes; subo á mi birlocho, el mozo navarro larga un latigazo al penco, y después de sufrir la desagradable repercusión de dos ó tres violentos corcovos del animalito que protestó del injusto castigo, partimos sin novedad con dirección á

ACEDO.—Hay en este pueblo una iglesia greco-romana, dedicada á *la Asunción*, con su pórtico como las de Tiebas y Sorlada, y su torre cuadrangular de dos cuerpos, coronada